

CAPÍTULO XIII

Estaba en aquel momento el desgraciado Director de provisiones haciendo una digestion laboriosa, despues de haber comido sin apetito un poco de pan duro, y aguardaba con inquietud el resultado de aquella tormenta, pero muy ajeno de temer que hubiese de ir á descargar el pedrisco sobre su cabeza. Alguna buena alma se adelantó á la chusma, y corrió á dar aviso del urgente peligro. Ya los criados, atraídos por el ruido, estaban en la puerta mirando con sobresalto hácia el lado de donde se acercaba el tumulto. Aún no habian acabado de recibir el aviso, cuando vieron aparecer la vanguardia. Corren inmediatamente á prevenir al amo, y miéntras este delibera cómo y dónde huir, llega otro criado para decirle que ya no habia tiempo. Le tienen los criados apénas para cerrar la puerta; la atrancan lo mejor que pueden, y corren á cerrar balcones y ventanas, como cuando al ver acercarse nubarrones oscuros, se aguardan de un instante á otro el agua y el granizo. Ya süena más de cerca la gritería; retumba el espacioso patio, la casa misma retiembla, y entre el dilatado y confuso estrépito, se oyen menudear fuertes pedradas en la puerta.

— Salga el Director, — gritaban todos: — salga ese tirano, que nos quiere matar de hambre; aquí ha de venir vivo ó muerto.

Corria el pobre de cuarto en cuarto dándose palmadas en la frente, y encomendándose á Dios y á sus criados, pidiéndoles que no le desamparasen, ó le buscasen medio de escapar. Pero ¿ dónde y cómo? Subió al desvan, y mirando por la buharda á la calle, la vió llena de un inmenso gentío; oyó con más claridad las voces con que pedian su cabeza, y, más muerto que vivo, bajó á buscar un escondrijo en que ocul-

tarse. Allí encogido escuchaba si por casualidad la furia popular se iba debilitando, si el tumulto cedía algun tanto; pero oyendo por el contrario que los gritos eran más fuertes, y más frecuentes los golpes en la puerta, acometido de un nuevo terror, se tapaba aprisa los oídos: luégo, como fuera de sí, rechinaba los dientes, fruncía las cejas, y extendiendo los brazos, empujaba con los puños, como si quisiese impedir que se abriese la puerta. Finalmente, como desesperado, se dejaba caer, y como aturdido, aguardaba la muerte.

Hallábase Lorenzo esta vez en lo más apretado de la bulla; no porque le hubiese llevado allí el impetu de la muchedumbre, sino porque él mismo se habia metido expresamente en ella. Á la primera propuesta de sangre, se le heló de horror la suya; pero en cuanto al saqueo, no se determinaba á resolver si en aquel caso sería bien ó mal hecho: de todos modos le horrorizó desde luégo la idea de un asesinato; y aunque, por aquella funesta docilidad con que los ánimos exaltados suelen creer lo que otros exaltados aseguran, estaba Lorenzo persuadido de que el Director de las provisiones era un malvado, como si estuviese impuesto á fondo de lo que aquel infeliz habia hecho, omitido y pensado; sin embargo, acudió de los primeros con la firme intencion de salvarle.

Con este objeto estaba ya cerca de la puerta que de mil maneras se trataba de hacer trizas. Unos con piedras machocaban los clavos de la cerradura; procuraban otros trabajar más en regla con formones, martillos y palancas, y otros con piedras puntiagudas, cuchillos despuntados, clavos, y hasta con las uñas, se esforzaban por romper la pared y abrir una brecha. Los que no podian obrar con las manos, animaban á los demas con los gritos; pero al mismo tiempo impedian con la apretura el trabajo, que entorpecía por otra parte el desordenado conato de los mismos trabajadores: así, por un beneficio de la Providencia, sucede á veces en el mal, que sus más activos fautores son un impedimento para su ejecucion.

Al primer aviso que tuvieron del alboroto los magistrados, enviaron á pedir auxilio de tropas al castillo, que entónces se llamaba de puerta Giovia, y su Gobernador despachó inmediatamente un piquete; pero por el tiempo que se empleó en enviar el aviso, en expedir la órden, en reunir la gente, en ponerse en camino y en la marcha, llegó la tropa cuando ya la casa estaba para ser invadida, é hizo alto á cierta distancia. El oficial que la mandaba no sabía qué partido tomar. La mayor parte de los alborotadores se reducía á vagabundos y gentuza desarmada de ambos sexos y de todas edades. Á las intimaciones que se les hacian de separarse, sólo contestaban con un confuso murmullo sin moverse. El hacer fuego contra aquella chusma le parecia al oficial cosa, no sólo cruel, sino muy aventurada, que ofendiendo á los ménos obstinados hubiera irritado á los más atrevidos; además de que tampoco tenía instrucciones para ello. Abrirse paso, y arrollar por todo á derecha é izquierda, y marchar adelante hubiera sido lo más acertado; pero la dificultad consistia en conseguirlo. ¿Quién sabe si los soldados hubieran podido marchar unidos? y en el caso de separarse entre la turba, cada uno de ellos se hubiera hallado solo á merced de los amotinados enfurecidos. Atribuyendo estos á miedo, con razon ó sin ella, la irresolucion del oficial y la inmovilidad de los soldados, los que estaban más cerca los miraban como burlándose de ellos, los que se hallaban algo más léjos los insultaban con denuestos y visajes, y los más distantes ó no sabian, ó les importaba poco que allí estuviesen: entre tanto, los trabajadores proseguian en su empeño, sin otro pensamiento más que el de concluir pronto la empresa, que no cesaban de animar con voces los espectadores.

Entre estos se distinguia y llamaba la atencion un viejo de mala traza, el cual abriendo cuanto podia sus hundidos ojos, echando fuego, y contrayendo las arrugas del rostro con una sonrisa de diabólica complacencia, enseñaba con las manos levantadas por encima de sus infames canas un martillo, una cuerda y cuatro clavos, jactándose de que con ellos habia de

clavar al Director en la puerta de su misma casa despues de muerto.

Horrorizado Lorenzo al oír aquellas expresiones, que al-



Enseñaba un martillo, una cuerda.

gunos celebraron, pero animado al mismo tiempo con ver que otros, aunque callados, manifestaban en su rostro el mismo horror, se le escapó decir: — « ¡ Qué vergüenza!

¿ Hemos de usurpar nosotros el oficio al verdugo ? ¡ Asesinar á un cristiano ! ¿ Cómo queremos que Dios nos dé pan, si cometemos semejantes iniquidades ? Rayos serán lo que nos envíe, y no pan. »

— ¡ Tú que tal dijiste ! — « ¡ Ah, perro, traidor ! — gritó volviéndose á Lorenzo con una cara endemoniada, uno de los que en aquella confusion alcanzó á oír sus amonestaciones. — ¡ Guarda, guarda ! Hé aquí un criado del director, disfra-



Algunos traian una escalera larguísima.

zado de serrano : es un espía, ¡ á él, á él ! » Mil voces suenan alrededor : « ¿ Quién ? ¿ dónde está ? ¡ un criado del Director ! ¡ un espía ! Es el Director disfrazado que trata de fugarse ; ¿ dónde está ? ¡ Á él ! »

Enmudece Lorenzo, se encoge, y quisiera escurrirse. Algunos le ayudan á ocultarse, y procuran confundir aquellas fatales palabras con otras voces y gritos ; pero lo que le valió más que todo fué la expresion de « paso, paso, señores, » que se oyó allí cerca con un « vamos, ¿ quién echa aquí una mano, compañeros ? »

Provenia esto de que algunos traian una escalera larguí-

sima, para apoyarla á la casa y entrar por una ventana. Pero por fortuna el mismo medio que habia de facilitar la empresa era difícil de ejecutar, por el embarazo que encontraban los que traian la escalera para haber de pasarla entre tanta gente sin causar daño á nadie. Los tropezones, los encuentros, los empujones, los golpes, fueron un excelente medio para separar y disipar á los enemigos de Lorenzo, el cual se aprovechó de la confusion, y poco á poco al principio, y meneando despues los codos á toda prisa, se alejó de aquel paraje con ánimo de salir del tumulto lo más pronto que pudiese, é ir sin más demora á buscar al padre Buenaventura.

En esto, un movimiento, que de improviso empezó en una extremidad del concurso, se propaga por toda la muchedumbre. Se difunde la voz de que viene el gran Canciller. El efecto que produjo este nombre donde quiera que llegó á oirse, fué excitar en unos sorpresa, placer en otros, y en otros cólera y despecho. Quién lo celebra, quién lo reprueba, quién quiere desmentir su llegada, quién la confirma, quién lo bendice, y quién lo detesta.

— Viene el gran Canciller, — dicen unos.

— No es cierto, — dicen otros.

— Sí, sí ; ¡ viva el Sr. Ferrer, el que abarata el pan !

— No, no.

— Sí, viene en coche.

— ¿ Eso qué importa ?

— ¿ Qué tiene que hacer aquí ?

— Á nadie queremos.

— ¡ El Sr. Ferrer ! ¡ viva el Sr. Ferrer, el amigo de los pobres ! Viene á llevarse preso al Director.

— No, no ; queremos tomarnos la justicia por nuestra mano : atras, atras.

— Si, si, venga el gran Canciller, y vaya preso el Director de provisiones.

Y poniéndose todos de puntillas, se volvieron á mirar hácia la parte en donde se anunciaba la llegada del Canciller. Levantándose todos, veian lo mismo que si no se hubiesen

levantado; pero esto no impidió que cada cual se empinase cuanto podia.

Con efecto, en la extremidad opuesta á aquella en que se hallaban los soldados, llegaba en coche D. Antonio Ferrer, el gran Canciller, el cual, arguyéndole quizá la conciencia de haber, con sus disparates y su terquedad, dado márgen á aquel tumulto, iba á ver si podia aquietarle, ó por lo ménos estorbar uno de sus más funestos efectos, empleando una popularidad mal adquirida.

En los alborotos populares hay siempre cierto número de hombres que por acaloramiento, por fanatismo, por perversos designios ó por una maldita inclinacion al trastorno, hacen todo lo posible para llevar las cosas á los mayores extremos: proponen y promueven las medidas más desatinadas, y soplan el fuego, cuando le ven cerca de apagarse: para ellos nada es demasiado, y quisieran que el alboroto nunca tuviese término ni medida; pero en compensacion hay otro número de hombres que quizás con igual empeño y no ménos teson, trabajan en sentido opuesto, algunos movidos por amistad ó por parcialidad en favor de las personas amenazadas, y otros sin más impulso que una natural aversion á la sangre y á las atrocidades (Dios los bendiga). En cada uno de estos partidos opuestos, aún cuando no haya convenio anterior, la uniformidad de voluntad y de deseos crea un concierto instantáneo en las operaciones. Lo que luégo compone la masa y casi el material del tumulto, es una reunion mixta de hombres que más ó ménos, por gradaciones indefinidas, propenden á uno y otro extremo, unos un poco acalorados, ó bribones, otros un poco inclinados á cierta justicia, segun ellos la entienden, otros anhelando por ver alguna atrocidad memorable, dispuestos á la ferocidad ó á la misericordia, al respeto ó á la exageracion, segun se presenta coyuntura de manifestar á las claras el uno ó el otro sentimiento, desean siempre saber ó crear algun gran suceso, y se hallan con necesidad de vituperar, aplaudir ó de gritar por alguno.

« Viva, ó muera » son sus palabras favoritas, y el que llega á persuadirles que una persona no merece ser ahorcada, ya no necesita gastar más palabras para convencerlos de que es digna de que se la lleve en triunfo. Son actores, espectadores, instrumentos ú obstáculos, segun el viento, y aún dispuestos á callar cuando nadie les sugiere las palabras, á desistir cuando faltan los instigadores, á desbandarse cuando algunas voces sin contradiccion dicen: « vámonos, » y á volverse á sus casas preguntándose unos á otros: ¿Qué ha sido? Pero como esta masa tiene en semejantes casos la mayor fuerza, ó por mejor decir, es la fuerza misma, cada una de las dos partes emplea todos los medios posibles para apoderarse de ella; por manera que se puede decir que es un alma que pugna por meterse en aquel gran cuerpo y darle movimiento. Trabajan á quien más puede en divulgar las voces más á propósito para excitar las pasiones y dirigir los movimientos en favor del uno y del otro intento, en buscar mejor las noticias que muevan á indignacion ó la templan, que infundan esperanza ó temor, y en hallar los gritos que, repetidos por la mayor parte, y con más fuerza, expresen, confirmen y formen en un punto el voto de la popularidad por una ó por otra parte.

Hemos hecho todo este fastidioso razonamiento para venir á parar én que, en la lucha de los partidos que se disputaban el voto de la gente reunida delante de la casa del Director de provisiones, la presencia de D. Antonio Ferrer dió en un momento una ventaja inmensa al partido de los humanos, que era evidentemente inferior, y que, á haber tardado un poco aquel socorro, no hubiera tenido ya ni fuerza, ni objeto por qué luchar. El hombre tenía gran partido entre la muchedumbre por su disparatada tasa del pan, y su heroica firmeza en no ceder á cuantos argumentos se le hicieron en contra. Se aumentó la buena inclinacion de los amigos ya prevenidos en su favor, al ver la confianza con que se presentaba sin guardias ni aparato á arrostrar una muchedumbre enfurecida, y daba mayor peso á todo la voz de que iba á prender

por sí mismo al Director : de esta manera la ira, que hubiera tomado mayor incremento si se le hubiese resistido sin querer ceder en nada, entónces con aquel ofrecimiento de satisfaccion, con echarle, como dicen los milaneses, aquel hueso, se aquietó un poco, cediendo su lugar á los sentimientos opuestos que se declaraban en la mayor parte de los ánimos.

Habiendo cobrado aliento los partidarios de la humanidad, ayudaban de mil maneras al gran Canciller. Los que se hallaban cerca excitaban con sus repetidos aplausos el aplauso de los demas, y procuraban apartar la gente para abrir paso al coche : los otros repitiendo los vivas, transmitian las palabras del Canciller, ó las que suponian que pudiera decir, y rebatiendo á los furiosos y obstinados, empleaban contra ellos los nuevos sentimientos de la inconstante muchedumbre.

— ¿Quién se opone — decían — á qué gritemos? ¡ Viva el Sr. Ferrer ! ¿ Que no quieren que se abarate el pan? Son pícaros que no quisieran que se hiciese justicia, como Dios manda.

Hay algunos que gritan más alto que los demas para hacer que el Director se escape :

— Á la cárcel el Director. ¡ Viva el Sr. Ferrer ! Paso al señor Ferrer.

Con esto se apoderaron de la puerta, tanto para impedir la entrada á los frenéticos, como para facilitársela al Canciller, y alguno por las rendijas, que no faltaban, avisó dentro, diciendo :

— Ya llega socorro, viene el Sr. Ferrer, que el Director esté pronto para ir á la cárcel... Ya ustedes me entienden...

Acordándose Lorenzo del *vidit Ferrer* que le enseñó al pié del edicto el abogado Tramoya, preguntó á uno que estaba á su lado :

— ¿ Es el mismo Ferrer que ayuda á componer los bandos?

— Cierto, — le contestó el vecino; — como que es el gran Canciller.

— Debe ser muy hombre de bien, — replicó Lorenzo.

— ¿ Si es hombre de bien? — respondió el otro : — como que es el que puso el pan barato y no quisieron los otros, y ahora viene á prender al Director de las provisiones por no haber hecho las cosas como debía.

Es excusado decir que Lorenzo se declaró al instante por D. Antonio Ferrer, y resolvió acercarse. La cosa no era fácil; pero á fuerza de empujones y codazos, consiguió abrirse paso y ponerse en primera fila, justamente al lado del coche.

El cual ya se habia adelantado entre la muchedumbre, y en aquel momento estaba parado por uno de aquellos entorpecimientos inevitables cuando hay que pasar entre tanta gente. Asomaba la cabeza el anciano Ferrer, ya por una portezuela, ya por otra, con una cara de pascuas que daba gozo el verla, como que era la misma que habria puesto en presencia de Felipe IV. Hablaba tambien; pero el murmullo de tantas personas, y los mismos vivas impedian que se oyese lo que decia : por esta razon, ayudándose con los gestos para expresarse, bajaba la cabeza, hacia besamanos, y cuando un rato de silencio lo permitia, le oian decir : « Pan habrá, pan en abundancia; vengo á hacer justicia : abrir paso, señores. » Aturdido despues por tantas voces, y al ver tantas caras y tantos ojos clavados en él, se retiraba á la testera del coche, y dando un gran resoplido exclamaba : « ¡ Jesus ! ¡ qué de gente ! » Se acercaba luégo al vidrio, é inclinándose hácia el cochero, decia : « Adelante, Pedro, si puedes. »

Pedro tambien tenia la cara risueña, y con ademan afectuoso, como si fuera un gran personaje, agitaba poco á poco y con gran majestad el látigo, y luégo decia : « Señores, suplico á ustedes; apártense un poquito. »

De esta manera, ya parándose, ya marchando entre la gritería y los aplausos, y con el auxilio de los bien intencionados, entre los cuales se distinguia el buen Lorenzo, llegó el coche del gran Canciller á la puerta del Director de provisiones.

Los que, como hemos dicho, se hallaban allí con las mis-

mas buenas intenciones, habian conseguido, aunque con trabajo, que aquel punto quedase algun tanto despejado. Respiró el gran Canciller, viendo que la puerta estaba todavía cerrada, esto es, no enteramente abierta, porque ya habian arrancado casi todos los goznes, y sacado no pocas astillas; de manera que en el medio quedaba una abertura de más de seis dedos, desde donde se veía el cerrojo forcido y casi arrancado. Un hombre de bien se asomó á aquella abertura, gritando que abriesen sin temor, y otro acudió á abrir la portezuela del coche. Sacó la cabeza el anciano, y apoyándose en el brazo de aquel hombre honrado, salió del coche parándose en el estribo.

Por una y otra parte estaba la multitud con la cabeza levantada para ver mejor, y la curiosidad y la atencion produjeron un instante de silencio. Volvió el gran Canciller la vista por todas partes, saludó á la gente bajando la cabeza, y puesta la mano al pecho, dijo: « Pan y justicia, » y bajó entre un millon de aclamaciones.

Entre tanto los de adentro abrieron, ó, por mejor decir, acabaron de arrancar el cerrojo, cuidando de no permitir sino el hueco suficiente para que entrase el gran Canciller.

— Aprisa, aprisa, — decia este; abrid lo suficiente para que entre yo, y vosotros, amigos, procurad detener la gente á fin de que no se me eche encima.

Así que entró D. Antonio, volvieron á atrancar la puerta los de adentro, y los de afuera trabajaban con los hombros, los brazos y las voces, para mantener despejada la inmediatecion de la entrada, pidiendo á Dios que se evacuase presto la diligencia.

— Presto, presto, — decia tambien el gran Canciller por la parte de adentro á los criados, que jadeando y cubiertos de sudor, le rodeaban, bendiciéndole cada uno á su manera. — Presto, presto, — repetia D. Antonio, — ¿en dónde está este buen hombre?

Bajaba el Director de provisiones la escalera, conducido y casi arrastrado por otros criados, y más blanco que un

papel. Al ver aquel auxilio, dió un gran suspiro, se le volvió el alma al cuerpo, y cobrando alguna fuerza en las piernas, se dirigió al gran Canciller diciendo:

— Me pongo en las manos de Dios y en las de vuecelencia; pero ¿cómo saldremos de aquí, si todo está lleno de gente que pide mi cabeza?

— Venga usted conmigo, — contestó el gran Canciller, — y tenga ánimo: aquí fuera está mi coche; presto, presto.

Diciendo esto, le tomó de la mano, y animándole le condujo hasta la puerta; sin embargo, decia para sí: « Aquí está el busilis: ¡Dios me la depare buena! »

Se abre la puerta: el gran Canciller sale el primero, siguiéndole el otro muy encogido, y casi cosido á la toga protectora, lo mismo que un niño á las faldas de su madre. Los que habian mantenido despejado aquel sitio, levantan las manos y los sombreros, ocultando de este modo á la vista del pueblo al Director, el cual entra el primero en el coche, y se acurruca en un rincon. Sube despues el gran Canciller, cierran la portezuela, la muchedumbre entrevió, supo, adivinó lo que habia sucedido, desatándose en un torrente de imprecaciones contra el uno, y de aplausos en favor del otro.

La parte del camino que quedaba parecia la más difícil y peligrosa; pero la opinion pública se habia declarado bastante en órden á permitir que el Director fuese conducido á la cárcel. Además los que habian facilitado la llegada del gran Canciller se dieron maña durante su detencion para mantener abierta una senda; por manera que esta vez el coche pudo pasar más libremente y sin paradas.

Á medida que iba adelante, las dos alas que formaba la muchedumbre se reunian y seguian tras él.

Apénas sentado D. Antonio, encargó al Director que se encogiese todo lo que pudiera para que no le viese el pueblo; pero era excusada semejante advertencia. Él, al contrario, se presentaba á las portezuelas para llamar sobre sí la atencion general, y en todo el camino fué arengando como la primera vez al inconstante gentío, interrumpiendo de

cuando en cuando su arenga con palabras en castellano que dirigía al oído de su atemorizado compañero.

— Sí, señores, — decía, — pan y justicia; á la ciudadela en un calabozo; no, no se escapará (para sosegarlos). Es muy justo: se le formará causa, se le castigará con todo el rigor de las leyes. (Esto es para bien de usted.) Se pondrá una tasa equitativa, y se castigará á los que querían matar al pueblo de hambre. El Director será castigado como merece (si es culpado). Sí, sí á esos panaderos se les pondrán las peras á cuarto. ¡ Viva el Rey! ¡ Vivan los buenos milaneses! (Ánimo, ya estamos fuera de riesgo).

En efecto, ya habían salido casi del mayor apuro, y cuando el gran Canciller empezaba á dar algún descanso á sus pulmones, vió venir un piquete de soldados españoles, que á pesar de poderse considerar ya como lo que vulgarmente se llama el socorro de España, y en lombardo el socorro de Pisa, no dejaron de ser de alguna utilidad á lo último, pues auxiliados por varios paisanos, cooperaron á disminuir el gentío. Al emparejar con el coche se formaron presentando las armas al gran Canciller, que saludó á derecha é izquierda, diciendo al Oficial con tono irónico: « Beso á usted las manos, » como si dijese: ¡ Valiente socorro me habéis prestado! Contestó el Oficial al saludo, y se encogió de hombros, por manera que aquí hubiera venido bien aquello de *cedant arma togæ*; pero D. Antonio Ferrer no estaba para citas, además de que hubieran sido palabras echadas al viento, pues el Oficial no entendía el latín.

Con pasar Pedro por aquellas dos filas de migueletes, recobró su antiguo brío, se acordó de quién era y á quién servía, y dando gritos á lo cochero, sin otras ceremonias, por ser ya poca la concurrencia, sacudió á los caballos y los hizo tomar el trote hácia la ciudadela.

— Respire usted, ya estamos fuera, — dijo D. Antonio al Director; quien animado con no oír la gritería del pueblo, con el correr del coche, y con estas palabras, se incorporó dando mil y mil gracias á su libertador; el cual, después de

haberse conolido con él por el pasado peligro, y haberse congratulado por su libertad: — ¡ Ah! — exclamó pasándose lamano por la calva. — ¿Qué dirá S. E., que desde luego está dado á los diablos, con ese maldito Casal, que no quiere rendirse? ¿Qué dirá el Conde-duque, que se asusta con que una hoja de un árbol meta más ruido que la otra? ¿Y qué dirá el Rey nuestro señor, pues al cabo no le han de poder ocultar lo que ha pasado? ¡ Sabe Dios el rumbo que tomará este negocio!

— Yo por mí — dijo el Director — no quiero más cargos de esta clase: me lavo las manos: hago dimision de mi destino en manos de V. E., y me voy á una choza de la sierra. Me voy á meter ermitaño. Ya nada quiero con esos bárbaros.



Me voy á una choza de la sierra.

— Usted — respondió con gravedad el gran Canciller — hará lo que más convenga al servicio de S. M.

— S. M. no querrá mi muerte, — replicó el Director. — En una choza lejos de semejante canalla...

Lo que sucedió luego respecto de este propósito no lo dice nuestro autor, el cual, después de haber acompañado al infeliz á la ciudadela; no vuelve á hacer mención de su persona.